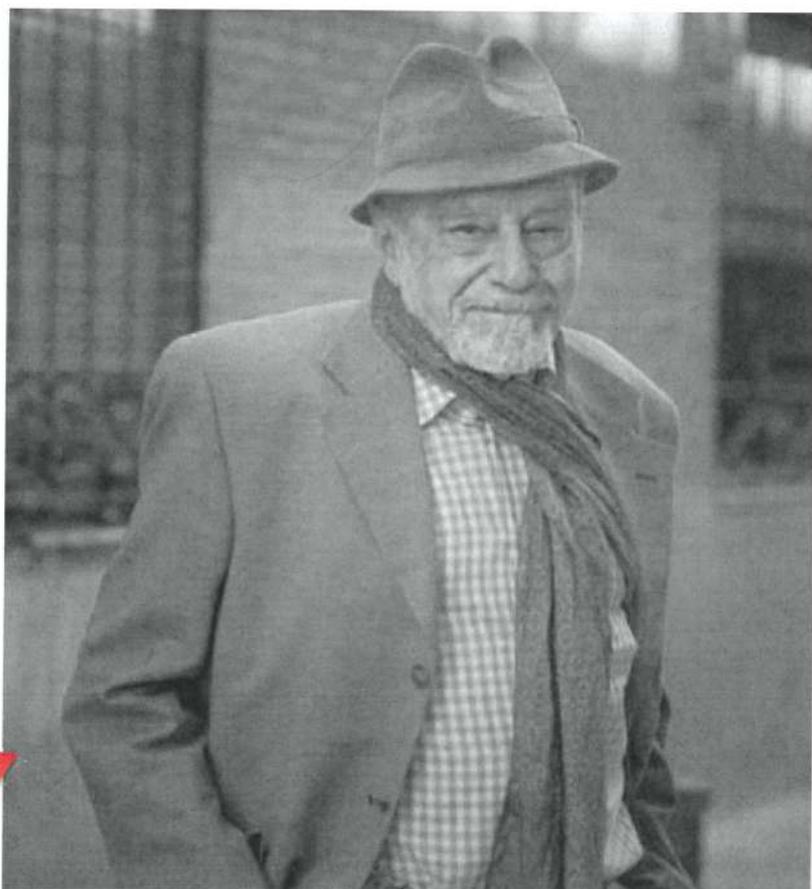

ANTONIO FERRES
CINE DE BARRIO Y
OTROS ESCRITOS

UN HOMENAJE DEL CAUM



Caum
cuadernos

SERIE LITERATURA

Septiembre 2018

Imprime y edita:

CLUB DE AMIGOS DE LA UNESCO DE MADRID

San Bernardo, 20-2^a-5

28015 MADRID

Tel: 913 691 652 · caummadrid@gmail.com · caum.es



Antonio Ferres

Homenaje del CAUM

En 1961, recién iniciadas las actividades del Club de Amigos de la UNESCO de Madrid, dos jóvenes autores presentaron en su local semiclandestino un libro de viajes, *Caminando por las Hurdes*.

No disponemos de espacio para glosar aquí la importancia de aquel texto y lo emblemático, en el ámbito de la clandestinidad antifranquista, de sus dos autores, Armando López Salinas y Antonio Ferres.

En el día de hoy solo podemos decirle a Antonio *gracias*. Gracias a él y a Armando por su escritura, gracias por su generosidad sin límites, gracias, como diría nuestro compañero José Luis Esparcia, por su *claridad*.

Claridad de la palabra, claridad del cuerpo y del espíritu. Antonio Ferres es mucho, prácticamente el solo es todo un capítulo de la literatura española, aunque humilde, no quiera reconocerlo, y algunos otros, españoles de antonomasia, no quieran o no sepan reconocérselo...

Pero el Club siempre ha pagado sus deudas y con gran placer las deudas debidas a tantos y tantas que nos han hecho llegar hasta aquí. Como en su momento con Gabriel Celaya, con Ignacio Aldecoa, con Armando López Salinas y tantos más. La alegría también consiste en que hoy lo tenemos entre nosotros.

Si hay una característica a resaltar de Antonio, del hombre, del escritor, es su inmensa generosidad. Esta humilde publicación que acompaña al homenaje es fruto de esa generosidad extrema.

Carlos Caballero

Cine de barrio

Un hombre había salido del Metro, precipitadamente, y estuvo mirando a uno y otro lado. La plaza —densa de gente y de gritos— palpitaba en una atmósfera de calor y de primavera. Miró el hombre temeroso, anhelante. No pasaba nada, sin embargo. Eran las cuatro de la tarde. Quizá todo parecía como en un trance definitivo o milagroso; pero siempre eran así los barrios bajos, todos los días. Las mujeres vendían pan y tabaco y agua y pipas de girasol. La gente se movía de un lado a otro.

El hombre llegó a la puerta de un cine, y entró. Iban delante dos niñas. La mayor, como de diez años, llevaba en la mano un paquete con unos bocadillos y una botella de agua. El hombre se fijó en ellas. Cruzó entre la indiferencia de la gente, y fue a sentarse al lado de las chiquillas.

En el cine había un olor agrio a sudor. El hombre lo recordó de siempre. Lo había sentido aun cuando el cine estaba medio vacío, como condenado y sujeto el olor a las paredes y a las butacas solitarias. Había una luz amarilla y cargada de polvo.

—¿Cuándo empieza?

—En seguida, señor —dijo la chica mayor.

Escupió la chica las cascarras de las pipas de girasol y se limpió los dedos en la falda. Se había vuelto para mirar a su hermana, que estaba levantando los asientos de madera de las butacas próximas.

—Estáte quieta. Va a empezar la película —dijo.

El hombre se estiró en la butaca hasta ocultarse con el respaldo. Pensó: «Debían apagar ya la luz.» Se volvió para mirar a las niñas, que ya estaban sentadas juntas y se habían puesto a desenvolver los bocadillos.

Las niñas comían deprisa. Le daban grandes bocados al pan, sin apartar la mirada de la sábana del cine.

El hombre estuvo esperando, aunque de forma distinta, recurriendo a su voluntad para no mirar al pasillo cada vez que cruzaba alguien. Sentía miedo. Caían las pisadas en el suelo, pero el hombre no quería volverse para mirar. En aquel momento escuchó los sonidos del timbre que señalaban el comienzo de la proyección. Tres sonidos iguales. Entonces, se sintió más tranquilo.

De nuevo miró a las chiquillas, que seguían comiendo en la semioscuridad. Brillaba la luz en sus caras pequeñas y esperanzadas, llenas de interés.

«Comen algo de eso que fríen en las chicharronerías.» Notó hambre. Se dio cuenta de que tenía hambre y sed. Se le llenó el olfato de aquel olor a desperdicios de carne de cordero frita. Después, se arrancó los zapatos de los pies y permaneció un rato con los ojos cerrados.

Escuchó la risa de las dos chiquillas. Abrió los ojos. (Un hombre — el torso grande de un hombre con las

manos atadas— tenía una mosca parada en la nariz.) Se rió también, contagiado por la alegría. Retuvo una sonrisa, pero luego se olvidó de ella. Estaba preocupado, sin conseguir arrancarse aquel temor, aquella angustia, deseando que pasara el tiempo hasta la noche.

—¿Me dais un poco de agua?

La niña le alargó la botella sin apartar los ojos de la pantalla. Y el hombre se puso a beber profundamente, procurando olvidar por qué estaba allí.

Había pasado tiempo. Fue entonces cuando se encendió la luz, una luz que le cegaba, como lanzándole de nuevo, de repente, a un desorbitado mundo. Casi estaba el hombre esperándolo. Apenas se sobresaltó.

Seguía medio dormido. Buscó los zapatos con los pies y se los puso precipitadamente. Se ató los cordones, a tientas, mientras volvía la cabeza, y vio a varios hombres que daban vueltas, observando a la gente del cine. Pensó: «Son ellos.» Lo sabía, pero sintió como una bola dura en el estómago: el miedo. Se estiró en la butaca cuanto pudo, ocultando su rostro a la luz. Sintió el miedo, subiéndole desde el vientre hasta la respiración, y quedándose allí sin salir, ni poder deshacerse en gritos. No sabía cómo oponerle nada positivo.

Estaba recostado en la butaca, junto a las niñas.

Y no quería asomarse para mirar atrás. Había silencio. Las niñas sonreían, de pie, vueltas. Le pareció que la risa de las chiquillas era algo muy sencillo, olvidado con una especie de ternura en otro lejano tiempo. Sólo cruzaban los pasos de los policías. La gente debía de haberse dado cuenta, porque había mucho silencio.

Las niñas seguían de pie y tenían las caras vueltas, mirando al pasillo.

En la puerta había una pareja de guardias con fusiles. Algunos chiquillos se pusieron a protestar golpeando el suelo con los pies; pero se callaron en cuanto vieron a los guardias.

El hombre intentó tranquilizarse. Tocó — tamborileando, sólo un segundo con los dedos— el asiento de delante. Sus pensamientos no tenían fuerza, apenas existían. Acaso únicamente fueran esa obsesión de huir. Toda su vida era el deseo de huir y llegar a la plaza o a las calles llenas de gente. Alzó la cabeza. Vio a los policías que se detenían y luego seguían, fila a fila, mirando uno a uno a los hombres sentados.

Iba delante un policía gordo, alto, con camisa blanca y corbata negra.

El hombre volvióse, nuevamente, a las chiquillas. Estaba temblando. Sentía aumentarle su molestia del estómago y del vientre. Casi se avergonzó de esto. Cruzó la vista con la mayor de las niñas. Ella le devolvió una mirada de complicidad o de interés. Estuvo sujetando la mirada de aquel hombre que le había pedido agua.

—¿Qué quieren los guardias? —preguntó la más pequeña de las niñas.

—No sé —dijo la otra—. Buscan a alguien —añadió en voz baja.

El hombre, otra vez, miró a los policías. Se encontró con su propia mano buscando la culata fría de la pistola. Notó el frío del metal de la pistola. Estuvo, así, dudando. Siguió con la mano oculta debajo de la chaqueta.

—Buscan a alguien —repetía en voz baja la niña.

El hombre vio los ojos brillantes de la chica. Notó que algunas personas se habían puesto de pie, en las filas de delante. Arrastraban los pies, para salir.

El policía que tenía la corbata negra había llegado, corriendo por el pasillo, hasta colocarse en la primera fila de butacas.

—¡Quédense cada uno en su sitio!

El hombre sintió que toda la luz y las figuras lejanas de la gente vibraban bajo aquellos gritos. Se enderezó, sentado en la butaca, con la mano debajo del brazo, sujetando la culata de la pistola entre la punta de los dedos. No se atrevía a empuñarla. Estiró los pies y por un momento pensó qué otra cosa podía hacer o decir para salvar la vida. Y, luego, se olvidó de su pensamiento. Se encontró solo, terriblemente, en un tiempo parado, vacío, lleno nada más de angustia, de terrible angustia.

Había silencio. Algún chiquillo pequeño había empezado a llorar. Se oía el llanto del niño en el silencio de la sala. También los pasos de los guardias, de prisa, arriba y abajo. Los policías iban más despacio y sus pisadas eran más suaves. Uno de ellos —aquel alto y grueso— fue hasta la pantalla; permaneció allí un instante, mientras alumbraba un cigarro, y comenzó a mirar a las filas de delante. En seguida tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó, como si estuviera nervioso, o se hubiere dado cuenta de que no se podía fumar en la sala porque estaba prohibido.

El hombre ya no le miró. Estaba pendiente de la propia tensión de sus músculos, de su temblor, de su cerebro quieto. Seguía con la mano escondida empuñando ya la pistola, casi sin darse cuenta.

El policía se había detenido frente a un muchacho bajo y sin afeitar, que estaba unas filas más adelante. «Levántate», dijo el policía. Y el muchacho se había levantado y había continuado un momento en pie. Pero el policía seguía de nuevo buscando, sin hacer caso. Iba acercándose a donde estaba el hombre y las niñas.

La más pequeña seguía con la vista los movimientos del policía. La otra —la mayor— miraba al hombre que estaba sentado a su lado.

Había aprovechado el hombre aquel momento de indecisión del policía para revolver en todo su pensamiento, para buscar alguna tranquilidad o el vigor necesario para saltar sobre el otro. Se volvió un momento y se tropezó con la mirada de la niña. Aguantó un segundo la mirada de la chiquilla. Estaba temblando. Puso sus manos gruesas sobre los dedos de ella.

—¿Está usted enfermo?

—No —dijo el hombre. Intentaba sonreír. Casi instintivamente había soltado la pistola, sin llegar a sacarla de la funda.

Abandonó el hombre la mirada y la mano de la niña. Se volvió. Alzó la cabeza para mirar al policía, que se acercaba. Ya le vio allí, erguido, de espaldas a toda aquella gente. Fue en ese momento cuando el hombre recuperó la calma. Dijo en voz baja:

—No, pequeña, no estoy enfermo. Se puso en pie.

Los dos —el policía y el hombre— estuvieron mirándose, aguantándose las miradas. El policía dio un paso adelante, con la lengua torcida dentro de la boca.

—Ven —dijo.

El hombre sonrió. Salió, rozando al pasar los vestidos y las rodillas de las niñas. Se volvió, para mirarlas, según llegaba al pasillo del cine.

El policía y los guardias iban detrás del hombre, pegados a él.

Las niñas estuvieron, todavía, mirándoles hasta que se fueron todos. Al llegar a la puerta, el hombre se volvió de nuevo, sin dejar de andar. Luego, se apagó la luz.

Se agitaba en la pantalla un pequeño mundo de alegrías. La chiquilla pequeña se puso a reír.

*(Cine de barrio obtuvo el premio Sésamo de 1954,
otorgado por un jurado presidido
por Ignacio Aldecoa).*

El sexto piso

Había subido de dos en dos las escaleras, sin tomar el ascensor, para que nadie se diera cuenta de su presencia. Aún sentía miedo cuando alcanzó el último peldaño. Estaba en el sexto piso, en el ático. Y se detuvo durante unos segundos, jadeante.

Al llegar allí, la luz entraba cegadora por las ventanas del rellano. Además, había mucho silencio, como si la ciudad quedara hundida muy abajo. Notaba él una especie de alivio o de ansia. Sobre todo se alegró de no haberse tropezado con el portero ni con ningún vecino. Y llamó suavemente a la puerta, con los nudillos. Hubo de golpear dos veces, hasta que escuchó los pasos y la voz de Valeria.

-Soy Luis- dijo.

Dentro, todo estaba quieto, en una gran calma. Por los miradores se veían las terrazas, los jardines y las techumbres de los palacetes de aquella zona de la ciudad.

-Tengo que esconderme en alguna parte - dijo él.

-Lo sé- dijo Valeria.

-Han detenido a muchos, y la policía anda buscándome...

-Arriba, en la buhardilla hay un espacio en el que no podrían encontrarte, aunque llegaran hasta aquí - afirmó Valeria.

Iba vestida con elegancia y calzaba zapatos de tacón, como si se fuera a una fiesta o quizás a un concierto o a un homenaje.

-No creo que sospechen de mí- añadió Valeria.

Miraron ambos los retratos de la pared, las figuras de los cuadros, los ademanes y los rostros de los vencedores de varias generaciones, los antepasados.

-Te mostraré el sitio donde ocultarte...Pero no es fácil que suban, que se les ocurra dudar de mi ni por un momento -sonrió o hizo un gesto raro, apenas movió los labios- Ahora voy a un acto oficial, un juramento de adhesión al Régimen -explicó.

-Ya- dijo él. -No sé cuánto tiempo tendré que quedarme -masculló Luis, mientras subían por una rampa hasta el espacio abuhardillado.

Había un panel que cerraba herméticamente y detrás un cuarto oscuro que terminaba en alguna parte en penumbra.

-Sólo es para que conozcas el sitio...Pero puedes vivir abajo.

-Te decía que no se cuanto tiempo tendré que quedarme -repitió él.

-No temas nada...Hoy no viene el servicio...Ya arreglaré eso...Haremos planes cuando yo vuelva. - dijo Valeria.

-Sí.

-No tengas miedo y no abras a nadie...Además, ya sabes que se oye subir el ascensor.

La vio marcharse. Y pensó que en el mundo no había otro ser vivo que pudiera ayudarle. Durante tres años de estudios habían sido compañeros en la Universidad. También eran amigos, sin más, aunque Valeria fuera de una clase social más alta.

Pasaban despacio los minutos. En la casa había un gran silencio. Se acomodó Luis en una enorme butaca, en una salón que tenía que ser la biblioteca porque estaba llena de estanterías con libros encuadernados, iguales. Eran libros con lomos de rótulos dorados. Dejó la puerta del cuarto abierta. Se oía bien desde allí la marcha del ascensor. Subía de tarde en tarde, pero se pareaba en alguno de los pisos inferiores, nunca llegaba al sexto.

Sobre la diminuta mesa de mármol negro había un periódico en cuya portada destacaba el rostro sin edad del Jefe de Estado. No se decidió a leerlo.

De repente, sin rabia ninguna, se dio a pensar en el transcurrir del tiempo. Se puso en pie, y nada más mirar por la ancha ventana vio que los palacetes eran sustituidos por edificios cada vez más altos, se hacían más frondosos los árboles y por los bulevares pasaban rápidos automóviles y autobuses. Aunque en las aceras

veía gente que caminaba plácidamente, como satisfecha. Sin duda seguían mandando los que siempre habían mandado.

Cuando se fijó otra vez el periódico que estaba sobre la mesa de mármol habían pasado muchísimos años, decenios y decenios, pero seguía en portada la misma cara del Jefe de Estado. No envejecía.

-Como no envejece el perfil de su rostro en las monedas -pensó. O lo dijo en voz muy baja, sin resentimiento.

Todo cambiaba en el mundo menos aquel rostro. Pasaban los días y las noches. El sol y la luna. Sabía que por entre las dos altas torres aparecía la luna llena. Era como un gran globo blanco igual que el que había visto de niño. Daban ganas de empinarse y agarrar el globo de la luna para que no siguiera subiendo cielo adelante. También parecían ser las estrellas de siempre.

Pensó que lo peor sería que pasara así sin más el tiempo, que se hicieran viejos él y Valeria, y sin poder salir él de aquel sexto piso.

Fue cuando oyó de nuevo el ascensor. Había llegado al ático. Y golpearon la puerta.

-Abra... Sabemos que está ahí.

Estuvo un rato sin saber qué hacer.

-Abra ya.

Pensó en Valeria...Solamente ella sabía que estaba escondido en la casa.

Abrió Luis la puerta. Eran muchos, y uno de ellos le esposó, con las manos a la espalda. Bajaron a trompicones las escaleras. Le metieron en un coche

grande que salió de la ciudad y corrió carretera adelante. Iban cuatro policías, además del chofer. No hablaban entre ellos, como si ya supieran lo que tenían que hacer. En los campos que atravesaba la carretera había un campamento de soldados que hacían la instrucción, marcando el paso. También se oía trompetas. Poco más allá estaba la tapia del cementerio. Y una fila de hombres con la espalda apoyada al muro. Era como si estuvieran esperándole. Durante unos segundos volvió a pensar en Valeria. Pero sonaban muy alto, estridentes, las trompetas de los soldados. También por unos segundos quiso integrar en una frase todo lo que estaba ocurriendo, eran los versos de una tragedia que de muy joven había leído y donde se venía a decir que la vida era el cuento narrado por un idiota lleno de ruido y de furia y que no significaba nada... Aunque en seguida se dio cuenta de que no era cierto. Los campos estaban verdes y brillaban con las últimas lluvias, y el sol acariciaba la tierra.

17 de diciembre del 2013

El viento

Se mueve con el viento
la veleta de la torre

y pasan las bandadas de aves
que van hacia los lagos
de agua dulce del verano.

Me gustaría volar como la vida
que volasen conmigo los deseos
como semillas de árboles.

Me gustaría mover la veleta
de la torre

o sólo ver como se mueve y gira
cuando sopla el viento
y pasan las bandadas de aves
que van hacia los lagos
de agua dulce del verano.

Me gustaría mover la veleta de hierro
la veleta que suena como un grito
en lo alto de la torre.

Diciembre del 2013

El jardín vivo

No sé qué paraíso pueda haber mejor
cuando brotan los árboles y prados
y huele la lluvia.

A lo mejor en otras galaxias
otros mundos con flores y arrecifes

mundos donde seguir un día
huyendo de la guerra y de la muerte

tierras donde seguir cantando
en mañanas de lluvia

en cuerpos temblorosos
con la piel tibia de la juventud.

19 de marzo del 2014

La cueva y las mariposas

*a Lana
que me contó la leyenda sufi
que muchos años antes me había contado mi madre*

De pequeño llegué a pensar que Dios a lo mejor estaba en una cueva que había en el Parque del Oeste. Era una cueva no muy honda. Y dentro resonaba una fuente de la cual manaba un chorro de agua fresca. También en esa época de mi niñez en el Parque del Oeste -tendría yo siete u ocho años- pensaba que algún día persiguiendo una mariposa podría yo llegar hasta donde se escondía Dios. Revoloteaban cientos de mariposas por las laderas verdes de los cerros y cuevas, entre los grandes árboles.

Coleccionaba yo, por entonces, mariposas de todos los colores. Las perseguía con mi cazamariposas de malla, y cuando las tenía dentro de una bolsa me las llevaba a casa, las atravesaba con un alfiler, y las conservaba con las alas abiertas clavadas a una lámina de corcho. He de decir que no sentía yo la menor pena por las mariposas, hasta creía que estaban hechas para revolotear con sus

magníficas alas y para ser coleccionadas. Sólo un día cuando estaba yo en el Parque del Oeste acompañado por mi abuela Valeria, ella me dijo que la misión de las mariposas era ir de flor en flor para que las plantas se multiplicasen.

Tampoco tenía yo miedo cuando corría buscando el sitio donde se escondía Dios. Aunque no hablara de esto con nadie. Mi madre me había dicho que en lugar de reunir tantas mariposas mejor sería que cuando empezara el colegio le preguntase al maestro el nombre que tenían y la especie o grupo en el que podían ser clasificadas. Algunas veces pensaba yo en preguntarle también, aunque fuese disimuladamente, dónde estaba Dios. No si había hecho el mundo y el cielo y la Tierra, sino dónde estaba en este instante.

Y cómo podía verlo, y que se fijara en mí.

Mi maestro se llamaba don Pablo Grúas. Tenía barba blanca y era muy alto. Y en aquel tiempo enseñaba en nuestro colegio que estaba en un piso entresuelo de la calle de la Princesa. Asistíamos chicos y chicas mezclados, y seguro que era durante la República, porque recuerdo que en mi casa me arreglaron el bordado de una bandera que había en mi abrigo o marinera de botones metálicos. Le añadieron a la bandera el color morado, tal y como había aconsejado mi padre.

Desde luego, mi padre no estaba casi nunca en casa. Sonaba el teléfono. Lo cogía casi siempre mi madre.

Hablaba apenas tres palabras. Volvía a colgar, y decía: “Hoy no viene a cenar” o “Vendrá muy tarde” o “Va a pasarse dos días fuera”. Mi madre y mi abuela no hacían comentarios, al menos delante de mí. Cuando por fin venía mi padre que era también alto como el maestro y llevaba siempre corbata y camisa blanca, me llamaba *Cacharichi*, con tono raro, más bien cariñoso. No sabía yo lo que quería decir. Me parecía siempre mi padre un ser raro o enigmático. Aunque yo en mi niñez no conociese bien el significado de esta última palabra. Corríamos por el pasillo, jugando, y solía proponer que me llevaran a la peluquería para que me cortaran el pelo, porque se me hacían rizos, como a una niña.

Don Pablo explicaba sobre todo materias prácticas, como las cuatro reglas, las oraciones gramaticales y la conjugación de todos los verbos regulares e irregulares.

De religión decía que nos bastaba con seguir los diez mandamientos. Fue a mi abuela Valeria a quien le pregunté finalmente si a lo mejor Dios no podía estar muy lejos, donde llegaban algunas mariposas.

-¿Dónde está Dios?- repitió ella....-Sé que hay sitios donde no puede estar, sitios donde solamente anda la maldad -afirmó.

Me dio miedo aquella afirmación tan rotunda, pero se me pasó cuando mi abuela dijo que tal vez no estaba yo del todo equivocado cuando seguía las mariposas.

-Todos los animales saben seguramente lo que preguntas...Es como si llevaran marcada la dirección que han de seguir- dijo.

Se acercó en ese momento mi madre y me contó la historia de un ave migratoria que dirigía una bandada, y que cuando se creía perdida se dio cuenta de que le bastaba con seguir la ruta que llevaba escrita dentro de su cuerpo.

-Es un relato muy antiguo...Escrito en una lengua desaparecida- dijo mi madre.

Pero en mi casa no había ni perros ni gatos, ni aves. Sólo estaban las colecciones de mariposas muertas.

Un día entró un murciélago por la campana de la chimenea... -Los murciélagos son mamíferos como nosotros, y tienen crías... ¿Sabes?...A lo mejor anida en algún rincón oscuro cerca del montante que queda debajo del tejado- dijo la abuela Valeria.

Me daba rabia pasarme el tiempo mirando la campana de la chimenea de la cocina. Quería yo volver todos los fines de semana y todos los días festivos al Parque de Oeste, con mi madre o con mi abuela Valeria.

Una tarde cuando estaba yo con mi madre se puso a llover a mares, y echamos a correr hasta llegar a la cueva de la fuente. Se habían escondido allí también otras personas. Y resonaba la fuente y además el ahogo de la lluvia afuera. Entraron también un mendigo con ropas andrajosas y una muchacha muy joven y muy guapa, que tenía los labios pitados con carmín, y el pelo

cortado a lo “garsón”, como era entonces la moda, y se lo había cortado hacía poco mi madre.

-Es una mujer de la vida- dijo el mendigo, en voz baja.

Durante mucho rato llegaba fuerte el ruido y también el olor de la lluvia.

Cuando paró el aguacero mi madre me tomó de la mano y dijo:

-Ahora podemos ir hasta donde llegan las mariposas.

-No quedará ninguna, con la lluvia- dije.

Seguía yo pensando que tenía que correr yo solo, hasta no sabía dónde. Llegar al sitio en el que se escondía Dios. Se escondía no sabía yo por qué.

-Es verdad, no hay mariposas...-dijo mi madre.

En esa época de mi niñez llegué a pensar que a lo mejor Dios estaba en aquella cueva del Parque del Oeste, o quizás donde revoloteaban las mariposas, en las laderas verdes de los cerros, entre los grandes árboles.

Abril del 2014

Los usurpadores

No tenía la menor duda de que se trataba de un contacto exterior. Además, la alarma venía de la pantalla de Anastasia, que era la experta en la Vía Láctea, la galaxia espiral donde se encuentra nuestro sistema solar junto a otros de entre 2000.00 y 400.000 millones de estrellas... Únicamente la Galaxia de Andrómeda era mayor, y se perdía en los confines. Por tanto, todos podían estar seguros de que se trataba de una expedición de usurpadores procedente de zonas lejanísimas del Universo.

Aguardó todavía un rato David, atento a las vibraciones de la pantalla de Anastasia, y al persistente color azul de fondo, que confirmaba la aproximación de seres extraterrestres.

-Antes de que sonara la alarma estaba ansioso de cerezas... - Aquí es verano, y en el comedor de mi colegio de niño o de muchacho había cerezas rojas - dijo.

-Vienen dispuestos a quedarse, a ocupar la Tierra... Salieron en sus naves, de remotos mundos, que quizás

ya no existan, situados a muchos años luz - dijo Anastasia... Gracias a los localizadores sabemos que son seres muy parecidos a nosotros.

-¿Parecidos a nosotros?

-Sí... Tienen las manos y la cara y los ojos iguales a nosotros... Pero no parpadean. No parpadean nunca... Los destruiremos... Conservaremos las naves, por si hay alguna información de un mundo de tal vez ya no exista.

Escuchó David las órdenes, que llegaban desde todos los desintegradores de partículas.

-Fuego.

-Fuego.

-Fuego.

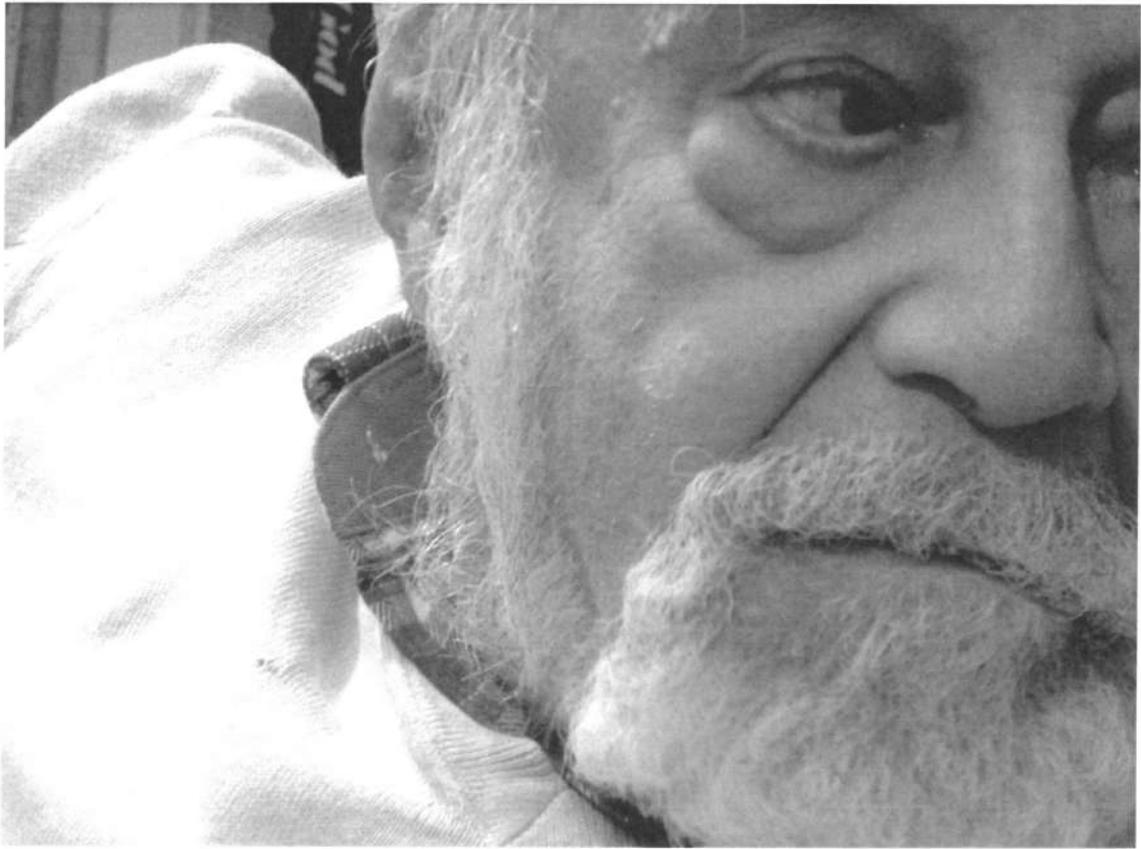
-Fuego.

-Fuego.

Pensaba David en ciudades donde había vivido, ciudades con fuentes y jardines y surtidores de agua dulce... Y en el indescriptible sabor de las cerezas en los comienzos del verano.

.

AF. Ya año 2018



**57 AÑOS DIFUNDIENDO
PENSAMIENTO CRÍTICO**

Causam